

ción solemne, el papa mandó abrir las puertas del templo, así de la mano derecha al príncipe ya absuelto en el fuero contencioso para conducirlo desde el improvisado trono á la suntuosa basilica donde se veneran las cenizas del Santo Evangelista, dejóle allí en oración y al día siguiente recibía Federico la sagrada Eucaristía de manos de aquél á quien tanto había hostilizado y perseguido, prodigándose mutuamente en público muestras muy señaladas de afecto y de cariño (1). ¡Grandioso y sublime espectáculo, el de una paz garantida por la santidad de la fe jurada, el de una reconciliación entre los altos poderes de la tierra, sellada con la sangre preciosísima del Cordero sin mancilla!... Y el pueblo veneciano, que desde el comienzo de esta horrenda lucha se había puesto de parte del oprimido, en presencia de un suceso de tal magnitud entregóse á las más ruidosas manifestaciones de regocijo, interrumpiendo así el silencio característico de aquella originalísima ciudad. (2)

El arrepentimiento de Barbarroja no fué simulado y pérfido como el de Enrique IV, el antagonista de Hildebrando, sino nacido de lo más íntimo del corazón como el de Teodosio el Grande. Cumplió al pie de la letra el juramento prestado ante el Vicario de Jesucristo, yendo después á morir á Tierra Santa, como jefe, en unión de Felipe Augusto y Ricardo Corazón de León, de la tercera cruzada. La paz de Venecia aseguró á las ciudades lombardas su libertad é independencia, salvó el dominio eminente, pero nominal del emperador; no fué, sin embargo, tan sólida y duradera como hubiera convenido á los intereses de la humanidad y del mundo cristiano, pues los sucesores de aquel infortunado prin-

cipe, dando rienda suelta á las más aviesas pasiones, volvieron á probar fortuna algunos años más tarde; formóse la segunda liga lombarda y la Italia tuvo que sufrir en tiempo de Federico II y Conrado IV las consecuencias de una nueva ruptura entre ambas potestades.

II.

Deseoso el pontífice Alejandro de recompensar al dux Ziani el servicio importantísimo que acababa de prestar á la Iglesia y á Italia, concedióle varios privilegios y le ofreció además la *rosa de oro*, que bendijera aquel mismo año en el cuarto domingo de Cuaresma. Entre estos privilegios figuraba el de hacer llevar delante de sí en las fiestas más solemnes un cirio encendido y una espada desnuda que recordase perpetuamente aquella victoria, un quitasol, un sillón, un almohadón de tisú, varias trompetas y banderas. Pero el don más precioso y que más positivos resultados produjo á la república entre los obtenidos por el dux, fué el de un anillo de oro que, como símbolo de soberanía, le entregó el papa diciendo: «Recibidlo de mí en señal de vuestro imperio sobre la mar Adriática: vos y vuestros sucesores desposados con ella todos los años á fin de que sepa la posteridad que esta mar os pertenece por el derecho de la victoria y debe estar sometida á vuestra voluntad como la esposa al esposo.»

Venecia que, á pesar de haber sido dominada por el terror, fué siempre una población entusiasta hasta el delirio por las diversiones y espectáculos públicos, instituyó para dar cumplimiento á la voluntad del papa la fiesta de *los esposales del dux*, que ha venido celebrándose sin interrupción alguna hasta los últimos años del siglo pasado. El día de la Ascensión, aniversario de la victoria obtenida por los venecianos sobre la flota de Federico, se celebraba la ceremonia de este extraño casamiento (1). A la hora de medio día salía la comitiva del palacio ducal entre las aclamaciones de la multitud dirigiéndose al arsenal, donde esperaba anclado desde la víspera el *Bucentauro*, buque de colosales dimensiones lujosísimamente decorado, especie de galera de dos puentes sin velas y sin mástil, tripulada por ciento sesenta remeros, escogidos entre los más robustos y hermosos del país. Eran los primeros en el orden de marcha ocho porta-estandartes, formados de dos en dos, con las banderas de la república; seguíanles seis hombres con trompetas de plata, los *pifferari*, ó tocadores de pífano y detrás de éstos el secretario del dux, un diácono que llevaba el cirio y el capellán palatino con los encargados de conducir el almohadón, la sombrilla y la espada, regalos todos del papa Alejandro. Formaban después en tan brillante cortejo los altos funcionarios del estado, entre ellos el gran capitán de la ciudad, el canceller y el pequeño *ballotino*, cuya inocencia se empleaba en ex-

traer los votos de la urna al hacer el escrutinio en las elecciones ducales, todos primorosamente engalanados con los más vistosos trajes, y por último, iba el dux vestido de armíno y cubierta la cabeza con el gorro y la corona propios de su elevada representación, llevando á su derecha al legado del papa, á su izquierda al embajador del imperio y detrás á los demás embajadores, el Señorío y los individuos del gran Consejo de Venecia.

Llegado el momento del embarque en el muelle de la *Piazzeta*, colocábase cada cual en el puesto que de antemano tenía señalado á bordo del *Bucentauro*; el dux con sus consejeros y los embajadores pasaban á ocupar la popa, sentándose el primero sobre dorado trono; una numerosa orquesta ocupaba la proa entre los pliegues de multitud de banderas, y junto á la barra del timón iba el almirante de Malamocco encargado de guiar aquel pesado barco que, por la índole de su construcción, sólo podía navegar sin riesgo en una tranquila balsa. (1)

Levábase el ancla entre el confuso clamoreo de las campanas, el estruendo del cañón y los acordes de una música alegre y bulliciosa: la nave del estado, la carroza nupcial del dux avanzaba con majestuoso andar rodeada de infinidad de góndolas, esbeltas y elegantes las unas, caprichosamente empavesadas las otras, que se reflejaban como en un espejo en las verdosas aguas del canal formando un vistosísimo conjunto. Al llegar á la isla de Santa Elena, el patriarca de Venecia con todo su clero salía al encuentro del *Bucentauro* en una barca que se distinguía de las demás por el lujo de su ornamentación, subía sobre cubierta y, presentándole allí un vaso lleno de agua, la bendecía derramándola luego sobre la superficie del mar para conjurar la tempestad. Seguía la flota su interrumpido viaje hasta el puerto del Lido, atravesaba aquel paso envuelta en nubes de humo producidas por las salvas de artillería de los fuertes y en el punto en que las aguas tranquilas de la laguna se agitan al contacto de las espumosas olas del mar, se largaban las amarras: el dux entonces se levantaba de su asiento, previos algunos cánticos sagrados, y recibiendo del maestro de ceremonias una sortija de oro macizo, la arrojaba sobre las ondas como prenda de amor y de alianza, no sin pronunciar al mismo tiempo las siguientes palabras latinas que constituían, por decirlo así, la fórmula del casamiento: «Desponsamus te, mare, in signum veri perpetuique domini». El himno de himeneo del Adriático acompañado por la orquesta y coreado por innumerables voces, dejábase oír á continuación, la artillería redoblabá sus disparos y de todas partes arrojaban al agua flores de variados matices y exquisita fragancia con las que debía tejerse la corona nupcial de la desposada.

Toda la tripulación del *Bucentauro* acudía presurosa á oír una misa solemne, que celebraba el patriarca en la igle-

(1) Concilio Arausicano, cans. 11, quæst. 3, can. 108. Fórmulas y solemnidades para la reconciliación de los excomulgados.—Artaud de Montor, *Historia de los Soberanos Pontífices Romanos*, traducida por Angelón, tomos 2.º y 4.º, biografías de Alejandro III y Clemente VIII. Según el testimonio de tan distinguido publicista, Federico pidió la absolución el día 24 de Julio y la recibió frente á la puerta de la iglesia de San Marcos después de haberse postrado ante Alejandro, quien le dió el ósculo de paz entre copiosas lágrimas y el pan eucarístico á la mañana siguiente. Añade también el antiguo embajador de Francia en Roma que con ocasión de esta solemnidad se restableció la añeja costumbre de agantar la brida y sujetar el estribo el emperador al papa al tiempo de montar á caballo, homenaje de respeto y sumisión-rendido la primera vez en el año 753 por el rey Pipino á Esteban II.

(2) Refiérese esta escena de muy diverso modo por algunos historiadores que fundan su opinión en un opúsculo de Fortunato Olmo, publicado en 1629. Afirman los que siguen á este escritor que Alejandro III, al ver rendido á sus plantas á Barbarroja, le puso el pie sobre el cuello repitiendo las palabras del Salmista: «Super áspidem et basiliscum ambulabis et conculcabis leonem et draconem;» pero la sana crítica rechaza semejante acto de insolencia como impropio de la bondad y mansedumbre de Alejandro reconocidas por amigos y adversarios. Se oñone asimismo á su certeza la consideración de que no hubiera quedado impune este ultraje sin ejemplo tratándose de un hombre como Federico, y consta cabalmente todo lo contrario.

El diestro pincel de Federico Zuccaro se encargó de inmortalizar la famosa entrevista de Barbarroja con el papa Alejandro III en uno de sus mejores cuadros, pintado á expensas del gobierno de la república. Este hermoso lienzo se conserva entre las innumerables pinturas del palacio ducal, que son otras tantas páginas de la historia de Venecia.

(1) León Galibert en la *Historia de la República de Venecia* sostiene que la fiesta nacional del día de la Ascensión fué instituída en el año 997 para conmemorar la primera conquista de la Dalmacia y que después se añadió la ceremonia de los desposorios con el fin de conmemorar también el donativo de Alejandro III.

(1) Tan detestables eran las condiciones del barco para la navegación, que cuando la novia se hallaba agitada por los vientos, la ceremonia se aplazaba de domingo en domingo hasta el día de Pentecostés, con tanta más razón, cuanto que el piloto respondía con su cabeza de la vida del esopo y de toda la comitiva.